



FUNDACION
SALVADOR ALLENDE
SANTIAGO DE CHILE

DONACION
Fecha 28/4/92

arauco

editorial | **Democracia representativa,
militares y miseria**

Los apologistas de la democracia representativa están desolados por lo ocurrido en el último año en América Latina. Todavía no se apagaban los ecos de las loas que se le cantaron en Santiago, Bogotá, San José y Punta del Este, cuando el rodillo militar arrastrado por ilustres generales cubiertos de medallones norteamericanos dieron al traste con Velasco Ibarra en el Ecuador, Janio Quadros en el Brasil, Arturo Frondizi en la Argentina y el gran regalón de Washington, Manuel Prado, en el Perú. Sus anhelos de mantener a Cuba sola y vituperada en el banquillo de los violadores de la democracia se venían al suelo. Fue como soltar una manada de chivos en un ballet de recatadas doncellas.

Los recientes y baratos panegiristas de la democracia representativa quisieran hacer creer que es un producto más de la cultura cristiana occidental, olvidando que es una aspiración tan antigua como el hombre. Su primera aplicación conocida y valiosa fue en la Grecia pagana, varios siglos antes de Cristo, y en Roma, antes de los Césares. Después, durante 18 siglos de civilización cristiana, fue proscrita en Europa, reemplazándose por el sistema feudal en la Edad Media y por la monarquía absoluta de origen divino en la Edad Moderna. En este largo y oscuro período de la historia los pueblos no tuvieron otro derecho que trabajar y morir para sus reyes, duques, condes, cardenales y obispos, sin que se les llamara jamás a decidir acerca de quién los había de gobernar, qué leyes los iban a regir ni qué tributos debían pagar. Sólo a mediados del siglo 18 un grupo brillante de pensadores franceses, más ateos que cristianos, dio vigor y nuevo contenido a los conceptos de democracia representativa, abriendo el camino a la gran revolución de 1789, que hizo rodar por el suelo las cabezas de las católicas majestades Luis XVI y Maria Antonieta.

El derecho de los pueblos de elegir a sus gobernantes, de fijar un límite a su poder y señalar el tiempo de su mandato no fue, tampoco, patrimonio exclusivo de la cultura europea ni menos de la cristiana. Muchas comuni-

dades indígenas de la América precolonial practicaban este tipo de democracia. Nuestros propios mapuches elegían a sus caciques en tiempo de paz y a sus toquis en época de guerra y se reunían en grandes asambleas para acordar trabajos comunes. Esta democracia rudimentaria, pero efectiva, terminó en Chile y la América hispana apenas pusieron pie en ella los católicos tercios españoles.

La amplia difusión del ideal democrático representativo en los siglos 18 y 19 se explica por la pasión que la incipiente burguesía europea puso en su lucha contra los privilegios de que disfrutaban los monarcas, la nobleza y el clero y que trató de fundamentar en sólidas razones filosóficas y jurídicas. En verdad, estas razones eran sólo el envase, el vestido, de la causa principal de la lucha: desplazar del poder a una clase que no tributaba, vivía en el ocio y el lujo y que impedía el desarrollo de las fuerzas productivas generadas con la invención de la máquina a vapor. El triunfo final de la burguesía, montada en el caballo de la democracia representativa, la hizo aparecer equivocadamente como dueña de este concepto y al régimen capitalista como consubstancial a su ejercicio. En verdad, una vez triunfante, la burguesía limitó la representatividad de la democracia a su propia clase, negando o dificultando el derecho de voto a las masas trabajadoras que habían sido decisivas en la lucha contra la monarquía, el clero y la nobleza. La gran batalla que se libra actualmente en América Latina es, precisamente, para que la democracia representativa no sea sólo propiedad de las oligarquías sino que alcance efectivamente a todos los sectores sociales. Sólo una sociedad sin clases privilegiadas, en que todos los componentes participen en pie de igualdad en sus procesos vitales, puede dar origen o calificarse como democracia representativa.

LA "DEMOCRACIA" EN AMERICA LATINA

En nuestra América, la democracia representativa se estrella con la realidad social de sus pueblos. El desequilibrio entre sus clases, las diferencias entre pobres y ricos, son tan profundos y graves que es remota la posibilidad de un poder político generado a través del voto libre y consciente de sus mayorías. La minoría que tiene el mando y disfruta de las ventajas no aceptará nunca que la cabal aplicación de la democracia representativa le arrebatase su dominio.

América Latina es hoy, más que Asia y Africa, el continente del hambre. Ciento treinta de sus doscientos millones de habitantes, o sea, los dos tercios, se alimentan, habitan y visten en forma insuficiente e incompleta, dando origen a enfermedades endémicas como la tuberculosis, la verminosis y otras parasitarias, que se vuelven fatales precisamente por la desnutrición de sus víctimas. A esta hambre generalizada, lenta y oculta, se añaden las hambrunas motivadas por cataclismos que privan a grandes poblaciones del sustento habitual y que los gobiernos, en manos de minorías adineradas, dejan de auxiliar por insensibilidad y egoísmo.

Multitudes desanimadas, sin fuerzas para trabajar, con su sangre empobrecida y su piel amarillenta por falta de hemoglobina, millones de niños muriendo de enfermedades raras pero que, en realidad, son el resultado de la falta de leche, carne y verduras, promedios de mortalidad y morbilidad superiores a cualquiera otra parte del mundo, expectativas de vida inferiores a la mitad del europeo o norteamericano, constituyen el panorama humano de nuestra América y de su democracia representativa.

"En estas tierras de increíble mortalidad, escribe Josué de Castro, donde parece que se nace más bien para morir que para vivir, es siempre el hambre la gran cortadora de mortajas para ese innumerable ejército de muertos: los muertos de hambre".

Esta miseria inconcebible no tiene su origen en exceso de población, en la esterilidad de los suelos, ni en la falta de riquezas naturales. América Latina no es un desierto al cual los azares del destino han arrojado a sus doscien-

tos millones de habitantes. Ella representa el 16% de las tierras habitables del planeta y contiene sólo el 6% de la población mundial; su densidad demográfica es de 8 habitantes por Km cuadrado contra 54 del Asia y 82 de Europa. Su riqueza agrícola, ganadera y minera es fabulosa; sus fuentes de energía, infinitas; sus climas y salubridad natural son tan buenos como los de cualquier otro continente y sus poblaciones tanto o más emprendedoras que las de otras partes.

La miseria, las enfermedades y el hambre en América Latina, en su terrible y dramática intensidad actual no son producto, entonces, de una naturaleza hostil, ni de misteriosos infortunios humanos, sino de una organización social injusta, fundada en la voracidad y el privilegio de una reducida oligarquía nacional e internacional, apoyada por la jerarquía eclesiástica y las instituciones armadas.

En el Perú, por ejemplo, hay once millones de habitantes de los cuales seis son indios analfabetos que engañan su hambre crónica mascando coca y que trabajan sin salarios para los latifundistas. No tienen derecho a voto, ni se les permite organización de ninguna especie. En el hecho son parte de las haciendas aunque gozan de menos protección que los animales cuyos despojos pueden utilizarse cuando ya no rinden lo suficiente. Cuatro millones son mestizos, negros o chinos, semianalfabetos, empleados en minas, fábricas y el pequeño comercio con rentas mensuales irrisorias y, como los indios campesinos, prácticamente, sin seguro que les garantice el sustento en caso de enfermedad, vejez o invalidez.

Encaramadas sobre esta multitud famélica y abatida hay mil familias más ricas que los más encopetados millonarios norteamericanos. Viven en palacios de un lujo oriental, se hacen servir por decenas de indios, cholos y negros, consideran denigrante todo trabajo manual, consumen lo más fino y caro de la industria mundial, viajan y se solazan en los balnearios más exclusivos del mundo, derrochan en festines y ceremonias familiares sumas fabulosas y educan a sus hijos en el extranjero o en colegios nacionales rigurosamente separados del medio común.

Parecida situación se vive en Colombia, Guatemala y varias otras Repúblicas de América Latina.

¡Grandes multitudes paupérrimas! ¡Infimas minorías millonarias y ahitas! ¿Qué valor puede tener para unas y otras la democracia representativa? Ambas saben que el voto no será la herramienta para cambiar de situación. No consentirán los ricos en un sistema electoral que haga peligrar sus fortunas. No podrán hacerse la ilusión los pobres de que el mero voto les abra el camino de la justicia. No se ha dado el caso todavía, de un cambio de régimen producido en nuestra América mediante el voto. En las contadas oportunidades en que se celebraron elecciones y surgieron movimientos capaces de hacerlo, los dueños del poder anulaban aquéllas y declararon fuera de la ley a éstos. Ejemplo clásico fue la elección presidencial en Bolivia bajo Urrialagoitia: ganó por ancho margen el candidato opositor al Gobierno y jefe del M.N.R., Víctor Paz Estenssoro. Conocido el resultado se anuló la elección y se declaró fuera de la ley al M.N.R. Pocos meses después ganó por las armas el poder que le fue burlado en las urnas.

El sociólogo argentino José Luis Romero ha definido con acierto esta situación:

“En Latinoamérica lo verdaderamente normal es la inestabilidad de los sistemas legales y constitucionales y lo verdaderamente anormal es, por el contrario, su estabilidad. Es, efectivamente, normal el funcionamiento defectuoso de la democracia, su falseamiento, su artera utilización por cierto grupo, su progresivo debilitamiento y el escepticismo de las mayorías acerca de la posibilidad de su subsistencia; y es normal también, su derrumbamiento por obra de quien tenga ocasionalmente la fuerza necesaria para conseguirlo.”

Las cosas, lejos de ir mejorando en este sentido van haciéndose cada

dia peores. El aumento de la población, una información más amplia de los hechos mundiales, el contagio de las luchas victoriosas de otros pueblos, vigorizan el deseo de cambio a la par que las oligarquías cada vez más impotentes y corrompidas buscan desesperadamente detener el momento fatal de su caída. Se aleja, así, la posibilidad pacífica del voto como medio de sustraer el poder de sus actuales detentadores y de abrir, sin violencia, el cauce a las grandes transformaciones que los pueblos reclaman. Sobra decir que no son los pueblos, las mayorías nacionales, los interesados en cerrar el camino democrático que es el de su victoria. Si la alternativa democrática no funciona en esta América no es, ciertamente, por culpa de sus campesinos, obreros y clase media. La responsabilidad está en los que, siendo los menos, no quieren abandonar sus sitios de privilegio.

Las oligarquías nacionales y sus socios extranjeros no tienen, entonces, otro recurso que la fuerza; pero no la propia, la de sus brazos y su fe, sino la que les brinden tanto los ejércitos nacionales como los extranjeros que, gracias al olvido del principio de no intervención, puedan venir en su socorro. Sin su apoyo están como Anteo suspendidos en el aire, son quintrales desprendidos del árbol, elementos sin vida ni destino.

Hasta hoy muchos ejércitos han aceptado el papel de guardián del orden social establecido. Sus armas se han dirigido a menudo contra sus propios pueblos y no para hacer justicia a los desvalidos ni restaurar la soberanía sobre las riquezas básicas dominadas por el capital extranjero. En varias Repúblicas sus altos mandos se han identificado con graves depredaciones contra el derecho y ofensas irreparables al interés nacional. En Argentina las jerarquías superiores de los institutos armados han olvidado la limpia tradición de independencia en el manejo de los asuntos internacionales que sostuvo su patria durante muchos años y repiten, hoy día, estólida y servilmente el lenguaje que les dicta el Pentágono y los desperdicios más ingratos de su oligarquía vacuna. En el Perú esta sumisión es más antigua y despreciable, como que es más honda también la penuria de su pueblo. No se concibe el estado social del Perú sin el apoyo que sus fuerzas armadas han dado sin regateo a sus clases parasitarias y a los inversionistas extranjeros. No es muy distinta la situación en otras Repúblicas.

Se calcula en un mil cuatrocientos millones de dólares el gasto anual de América Latina en sus fuerzas armadas y se conjetura acerca de las infinitas obras útiles que, con ese dinero, podrían ejecutarse en un continente tan prostrado por las calamidades y la miseria. En el Congreso de los Estados Unidos y en algunos círculos gobernantes de América Latina, se alzan de tarde en tarde voces reclamando contra este gasto exorbitante; pero, luego todos enmudecen ante la evidencia de que su supresión o reducción sensible iría aparejada con el desplome del régimen económico social que tantos beneficios les produce.

El Pentágono es, en este sentido, menos soñador. Comprende que América Latina está removida por un profundo proceso antioligárquico y antiimperialista, que achaca al comunismo y que, en su opinión, no se puede detener con democracias representativas ni "alianzas para el progreso" sino con bombas y fusiles. Cree, entonces que lo único práctico y eficaz es subvencionar y fortalecer debidamente las fuerzas armadas. Los dólares gastados en adoctrinarlas en los conceptos de la "civilización cristiana occidental" y en armarla para destruir a los "comunistas" son, en su concepto, los únicos bien gastados en esta América. El Pentágono pesa en la política de los Estados Unidos tanto o más que el Departamento de Estado y ha logrado montar todo un tipo especial e independiente de relaciones internacionales. Las misiones militares, el instituto de instrucción militar para oficiales latinoamericanos en Washington, el cuerpo de "antiguerrillas" de Panamá, las idas y venidas de jefes desde y hacia los Estados Unidos, las profusas fórmulas de halago mediante invitaciones, obsequios y condecoraciones a ciertos mandos latinoamericanos, la distribución no interrumpida de armamento inútil para una guerra, pero prác-

tico para mantener los celos y reprimir movimientos populares, son parte de está política internacional propia del Pentágono.

Hasta el momento ha recogido buenos frutos de esta política. Dispone de una plana mayor de jefes latinoamericanos identificados con su ideología rabiosamente reaccionaria y no le ha fallado la obediencia de las capas inferiores.

Pero, ¿hasta cuándo le durará el juego? ¿Acaso el anhelo de reformas sólo alcanza a la población civil? ¿La esperanza de recuperar el dominio de las riquezas básicas, de echar a andar la economía con sentido nacional y elevar el nivel de vida de los pueblos no existe y conmueve también a la gente de uniforme? ¿El espectáculo de la anarquía, de la miseria inaudita, de la frustración de la juventud, de la falta de trabajo, de los derroches desmedidos, no hace meditar y sufrir también a los hombres de armas? Evidentemente que sí.

Con la excepción de cierto grupo de altos jefes, hábilmente domesticados por las oligarquías nacionales y los agentes del Pentágono, la masa de oficiales y soldados participa de todas estas inquietudes en su doble calidad de personas que, por su oficio, asumen una responsabilidad especial dentro de la sociedad y de simples ciudadanos que viven los problemas cotidianos y padecen las angustias del común de los habitantes.

Por el momento, el respeto a la jerarquía y la mecánica de la disciplina militar han prevalecido sobre sus íntimas convicciones ciudadanas; pero, más adelante, cuando la crisis social se acentúe y los caminos de la liberación se abran más brillantes y próximos, militares, aviadores y marinos, se identificarán con las aspiraciones colectivas y serán promotores importantes del cambio que los pueblos latinoamericanos esperan.

Argentina da, hoy, el penoso espectáculo de jefes trabados en dura querrela interna, llenos de odio contra su pueblo y de sumisión a los dictados extranjeros. Pero ¿qué piensa el grueso de la oficialidad, qué opinan las clases y la tropa? ¿Van a estar siempre prontos a salir a la calle al primer grito de su general para matar a sus colegas armados o masacrar a sus conciudadanos inermes? ¿Puede suponerse que en ellos se ha extinguido totalmente la voluntad y el raciocinio al punto de que sigan aceptando una disciplina que sus jefes han quebrantado mil veces?

Los acontecimientos en América Latina marchan con enorme rapidez y no, precisamente, en el sentido que quisieran los oligarcas e imperialistas. El sacudimiento universal de los pueblos en demanda de justicia y libertad abre grandes caminos al heroísmo, al coraje y a la inventiva humana. Las fórmulas frías manejadas por los juristas o las soluciones violentas propugnadas por militares reaccionarios chocarán con la fuerza arrolladora de millones de hombres que tienen fe, decisión y metas claras en su mente.

Cuando América Latina se haya sacudido del régimen de castas que hoy padece, cuando sus oficiales y soldados se identifiquen con la clase a la cual pertenecen, quedará limpio y desbrozado el campo para hacer florecer la verdadera democracia representativa.

FEDERICO KLEIN.